

# La vida interior y el discernimiento en el *Audi, filia* de San Juan de Ávila

Celso Júlio da Silva, L.C.

*Licenciando en teología patristica por el Institutum Patristicum Augustinianum de Roma.*

## 1. Introducción

Un corazón de oro y un espíritu sabio en una personalidad modesta y sencilla. Así condensamos la persona y la santidad de este gran sacerdote español, maestro espiritual y Doctor de la Iglesia, San Juan de Ávila.

Contemporáneo de San Juan de Dios, a quien convirtió, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, Santo Tomás de Villanueva, San Pedro de Alcántara, San Juan de Ribera, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús (de esta última revisó también algunos escritos), el Maestro Ávila fue un faro no solo para la Iglesia renacida de Trento, sino hoy lo es para el clero secular español.

Este trabajo es una profundización en teología espiritual a la luz del *Audi, filia* del Maestro Ávila en dos aspectos específicos: la *vida interior y el discernimiento*. El título de la obra escogida evoca las palabras del salmo 44: «Oye, hija». Se tratan de consejos espirituales que el santo dio a Sancha Carrillo, una dirigida espiritual suya, en aquel lejano siglo XVI. Sin embargo, la obra también es considerada una elocuente exhortación espiritual con el fin de abrir los oídos internos del alma para dejarse conducir por el Espíritu Santo a la luz de la Sagrada Escritura, tomando el armazón y la inspiración del *Salmo 44*: «Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura»<sup>1</sup>. Además, nuestras consideraciones se basan en el estudio de un experto en San Juan de Ávila, Juan Esquerda Bifet.

---

<sup>1</sup> Cf. R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, Publicaciones del Instituto Español de Historia Eclesiástica, monografías núm. 43; *La espiritualidad del sacerdote diocesano y San Juan de Ávila*, Centro Español de Estudios Históricos-Eclesiásticos. Seminario permanente interdisciplinar San Juan de Ávila. Iglesia Nacional Española, Roma 2019, 104-105: «El escrito más completo y más importante del Maestro Ávila, se caracteriza -a mi modo de ver- por orientar a encontrar pautas para discernir cómo alcanzar la perfección del amor según el seguimiento de Cristo, pero no tanto de modo doctrinal, sino sobre todo siguiendo un proceso experiencial de oír la palabra de Dios, de acogerla, examinarla,

Por tanto, lo que aquí diremos no pretende agotar la grandeza del Maestro Ávila, sino simplemente presentar las pautas espirituales centrales y los consejos perennes en el ámbito de la vida espiritual que nunca pasan de moda, que son siempre válidos y eficaces para la aplicación y el ejercicio del camino de santidad. Recuperar la grandeza de este Doctor de la Iglesia es una invitación sincera a fijar los ojos en Cristo (cf. *Heb* 12,2), Sacerdote y Maestro, viendo en su enseñanza la brújula para el viaje en este mundo, dando pasos firmes en la fe (cf. *1Pe* 5,9).

Habiendo desarrollado modestamente el corazón de nuestro argumento en el cuarto capítulo, tomaremos precedentemente en el tercer capítulo algunas breves consideraciones de Benedicto XVI, quien en 2012 proclamó a San Juan de Ávila, juntamente con Santa Hildegarda de Bingen, Doctor de la Iglesia. Con esto percibimos que los santos, en definitiva, maestros de la vida interior y el discernimiento como el Maestro Ávila, son aquellos que con su testimonio y su enseñanza predicán y fundamentan su espiritualidad en Cristo. De lo contrario, el que no va por esa senda es un charlatán y embustero, ya que nadie debe poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo (cf. *1Cor* 3,11).

Siendo así, este ensayo tiene un orden lógico y articulado en cinco partes: 1. Una introducción. 2. Una presentación de la vida y la espiritualidad del santo como aportación a la espiritualidad eclesial de su tiempo con ecos en la actualidad. 3. Las consideraciones de Benedicto XVI sobre el Maestro Ávila, al promulgarlo Doctor de la Iglesia. 4. Una aproximación más detallada al *Audi, filia*, considerando la vida interior y el discernimiento como tales. 5. Conclusión. La articulación esquemática de este trabajo se radica sustancialmente en el hecho de que San Juan de Ávila no es grandioso solo por su testimonio de vida o por sus insignes escritos, sino por su docilidad y humildad al Espíritu Santo, fundamento para la vida interior y el discernimiento.

Dicho esto, es oportuno considerar que desde aquel 10 de mayo de 1569 cuando nuestro Doctor expiró en su humilde casa de Montilla, los ecos de su santidad se difundieron ampliamente. Su enseñanza es un baúl de tesoros para quienes anhelan progresar en la vida espiritual dentro de un mundo que nos hipnotiza con la cultura de lo provisional, lo efímero y lo superfluo.

---

contemplarla, dejarse impactar por ella, dando respuestas comprometedoras. [...] Estos versículos jalonan toda la arquitectura del libro, Ávila proyecta un programa y un quehacer para llegar a la firme convicción de que el Dios de Jesucristo es efectivamente amor y, como tal, quiere ser amado, en lo posible como él mismo ama, de manera desinteresada, o sea, no por las ventajas o consuelos que su amor puede dar, sino por él mismo».

Además, de la mano del Maestro Ávila, reconocemos que las grandes batallas que se traban en esta vida son las espirituales, batallas cuyo único escenario es el corazón humano, allí donde se traba la lucha de la santidad y de los discernimientos más profundos de cualquier persona. Solo con el don del Espíritu Santo esta lucha podrá ser no solo vencida, sino amada.

## 2. Vida y espiritualidad de San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia

### a. Rasgos esenciales de su vida y santidad

El Maestro Ávila fue una pieza clave para el renacer de la vida de la Iglesia en el siglo XVI, sobre todo en el Concilio de Trento, en el que no participó debido a su precario estado de salud. Envió empero dos memoriales al Concilio con su parecer acerca de la formación del clero y la vida espiritual de la Iglesia<sup>2</sup>.

Sacerdote diocesano y gran predicador, conoció los púlpitos de varias iglesias y catedrales del sur de España como Sevilla, Córdoba, Granada, Baeza, Écija, etc. Fue consultado por reyes, príncipes, cardenales, sacerdotes, laicos, gente de a pie, manifestando siempre dotes de gran guía de almas.

Teólogo y humanista reconocido, San Juan de Ávila con sus escritos y sus sermones hizo una gigantesca aportación a la espiritualidad de la Iglesia como deducimos en la expresión elocuente del Cardenal Astorga que, al haber leído el Audi, filia, dijo que aquel libro había convertido más almas que letras tiene.

El hijo de Alonso de Ávila y Catalina Gijón, proveniente de una familia de posición elevada de Almodóvar del Campo, entonces diócesis de Toledo, conoció la soledad de la cárcel y la traición de sus más cercanos como también lo experimentó San Juan de la Cruz en la cárcel de Toledo, traicionado por sus mismos hermanos de la Orden. El Maestro Ávila fue preso en 1533 por la Inquisición de Sevilla por sospecha infundada de erasmismo y también fundamentalmente por defender a los pobres en sus sermones, cerrando -como lo acusaban- las puertas del cielo a los ricos<sup>3</sup>. Es en la cárcel

<sup>2</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, Ciudad Nueva, Madrid 2006, 84-85: «El ambiente histórico en que se mueve el Maestro Ávila tiene aires de reforma espiritual. Es época de renovación en las órdenes religiosas (carmelitas, franciscanos...) y en el mismo clero secular. El Maestro resumió sus deseos y proyectos de reforma en los *Memoriales al Concilio de Trento* (sobre la reforma del estado eclesiástico, las causas y remedios de las herejías), y en las *Advertencias al Concilio de Toledo* (para aplicar el Concilio Tridentino)».

<sup>3</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 82-83. «Su atención a los pobres era preferencial. Se lamentaba de *que tenga Cristo tan pocos servidores en negocio de pobres* (C

de Sevilla que comienza a gestarse el Audi, filia, dirigida a doña Sancha Carrillo<sup>4</sup>, cosa análoga que también sucedió a San Juan de la Cruz, quien engendró de su alma el Cántico Espiritual en la cárcel de Toledo.

El Maestro Ávila tuvo una cercana y paternal relación espiritual con Francisco de Borja, el cual entregó su vida a Dios en la Compañía de Jesús nueve años después de haber visto el putrefacto cadáver de Isabel, la hermosa esposa de Carlos V. El mismo Ignacio de Loyola había invitado a Juan de Ávila a entrar en la Compañía, pero éste no dio el paso porque afirmaba no valer para la Compañía debido a su débil salud.

De 1550 a 1554 su labor pastoral se concentra en Córdoba y en estos años su salud se debilita. Funda la Universidad de Baeza y, aunque nunca enseñó formalmente teología, su arrojo apostólico y su ciencia teológica fueron muy reconocidas y valoradas. Además, tenía como libros de cabecera los escritos de San Pablo, tanto que su celo apostólico arraigado con un matiz paulino, lo hizo ser considerado el San Pablo del siglo XVI<sup>5</sup>.

La mayor parte de su misión se desarrollaba en el confesionario y el púlpito. Viajaba a pie, comía y dormía muy mal. El trajín apostólico y las vicisitudes de sus feligreses lo consumieron poco a poco como una vela sobre el altar. En 1554 se fue a vivir a Montilla y allí se dedicó a revisar el Audi, filia.

Agotado en sus fuerzas, dominado por la enfermedad, pero con un corazón grande que se había ensanchado toda la vida por el Señor, entregó su alma al cielo el 10 de mayo de 1569 en su casa en Montilla, exclamando mientras miraba al Ecce Homo colgado en la pared: ya no tengo pena de este negocio. En 1894 el Papa León XIII lo beatificó. En 1946 el Papa Pío XII lo declaró Patrono

---

204). A sus discípulos los alentaba a organizar la caridad en todos sus campos y especialmente a tener *el corazón compasivo de pobres y manos largas para su remedio* (ibid.) [...] El Maestro Ávila ponía en práctica lo que recomendaba a los demás. Quien quiera encontrar a Cristo, tiene que buscar *al enfermo, al pobre y al olvidado del mundo* (S 5/1)».

<sup>4</sup> Cf. *Ibidem*, 89: «Entre sus dirigidas destaca doña Sancha Carrillo, a quien dedicó la primera redacción del *Audi, filia*, como pauta muy detallada y motivada de la vida de perfección. Allí se describe el proceso de vida espiritual con tonalidades de renuncia (ascética) y de unión con Dios (mística), como fidelidad a la acción del Espíritu Santo y escucha contemplativa y comprometida de la Palabra de Dios».

<sup>5</sup> Cf. *Ibidem*, 17: «Juan de Ávila fue un enamorado de Cristo al estilo de San Pablo. Ya en su época, alguien que tenía sobre él ciertos prejuicios, después de escuchar sus sermones, afirmó: *Vengo de escuchar a san Pablo interpretar a san Pablo* (V-LM I, 9)».

del Clero Secular español. En 1970 San Pablo VI lo canonizó, y en 2012 Benedicto XVI lo proclamó Doctor de la Iglesia<sup>6</sup>.

*b. Su específica aportación a la espiritualidad eclesial*

Dicho esto acerca de su persona y sus obras, nos preguntamos: ¿cuál era el punto centrípeto espiritual en torno al cual giraba la espiritualidad del Maestro como la tierra gira alrededor del sol y se alimenta de su luz y de su calor? He aquí la respuesta central hallada en su obra, raíz de su vida interior y discernimiento:

Porque así, como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá a quien bien obra y no ora. Porque aquello es la oración para el ánimo, que el sueño para el cuerpo. No hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oración, porque en ella se alcanza lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye del fervor de la caridad e interior devoción<sup>7</sup>.

Respirando el aire de la oración es donde San Juan de Ávila conformaba su vida a la de Cristo Crucificado, fijando la mirada de su alma en Él y hallando conformidad de sus sufrimientos a los de Cristo de manera casi connatural. En el Crucificado descubría el motivo para progresar en la vida espiritual, es decir, siendo humilde y aprendiendo de Cristo humilde. Así escribe:

Esta carne humillada (de Cristo) es remedio contra el viento de nuestra soberbia tan loca, que no puede ser curada sino con esta gran humildad; pues no es razón que se ensalce el gusano viendo abatido al Rey de la Majestad. Y no se olvide que el hisopo es caliente, porque Cristo, por el fuego del amor que en sus entrañas ardía, se quiso abajar para nos purgar; dándonos a entender que si el que es alto se abaja, ¿Cuánta razón es que el que tiene tanto por qué se abajar no se ensalce? Y si Dios es humilde, que el hombre lo debe ser<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Cf. N. GONZÁLEZ – J.L. GUTIÉRREZ GARCÍA, *Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía*, BAC, Madrid 1991.

<sup>7</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, en *Obras completas I*, Nueva edición crítica, BAC, Madrid, 2000, 688, n. 8. N.B.: con respecto a las citas del *Audi, filia*, editadas por la BAC, aclaramos al lector que en la misma edición hay dos versiones del *Audi, filia*, una de 1556 y otra de 1574. La versión de 1556 contiene página y número, y la versión de 1574 contiene solamente número. Esta aclaración es necesaria, puesto que, a lo largo de este ensayo, unas veces aparece la cita del *Audi, filia* con solo el número, y otras veces la página y el número como en esta primera cita.

<sup>8</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 768, n. 4.

El cauce profundo de la vida espiritual vivida por el santo está en la oración que contempla a Cristo Crucificado que hermosea la vida interior de cada cristiano, invitándole a la humildad sincera, la única clave que puede descentralizar al hombre de su mirada egoísta hacia sí mismo y así saber discernir los movimientos del Espíritu de Dios desde la mirada de Cristo.

Esto puede parecer algo sencillo en la actualidad, pero no lo es. Atreverse a recordar estos principios basilares de la vida espiritual en nuestro mundo actual podría incluso correr el peligro de ser tachados de anticuados, de fugitivos de la innovación y de los nuevos tiempos que corren. En realidad, sabiendo que siempre el que toma la dirección opuesta será considerado por varios como uno que se escapa<sup>9</sup>, los santos siempre son los que toman la locura de lo opuesto y eso lo hizo San Juan de Ávila. Para ser uno con Cristo sabía que debía abrazar el escándalo de la cruz. Así escribió:

El alma que conoce y ama al Crucificado, no solo no buscar ser regalada, mas huye de ello y busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores y espinas por no verse de otro traje vestida de Aquel a quien ama [...] Confúndase mucho y no ose mirar a su Señor cuando, mirándose a sí, se halle en consuelo, y a su Señor tan sin él, que no tiene adonde reclinar su cabeza; y pídale con grande instancia que le ponga a él donde Él está, pues desea ser uno con Él<sup>10</sup>.

Desde estas consideraciones vemos que la espiritualidad de nuestro Doctor es esencialmente cristocéntrica. En torno a Cristo giraron su vida, su sacerdocio, su acción apostólica, sus consejos espirituales y todas sus obras. Por ello, entra en el río de santos y santas que han alimentado la vida de la Iglesia a lo largo de los siglos. Además nuestro santo comprendió –como otros santos– que no basta predicar a Cristo, hay que vivirlo, sentirlo, sufrirlo, amarlo, abrazarlo con todo lo que conlleva, pues no se puede adquirir la ciencia de la Cruz más que sufriendo verdaderamente el peso de la Cruz<sup>11</sup>. Así lo reconoce Esquerda Bifet:

Si Cristo Esposo llegó a morir por puro amor (AF 78), como algo que excede a todo el amor de las madres (AF 80), la esposa (alma fiel) es invitada a compartir la misma suerte. Por los méritos de Cristo crucificado y por su carne medicinal, hemos sido redimi-

<sup>9</sup> Cf. T.S. ELIOT, *Reunión de familia*, II, sc. 2.

<sup>10</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Sacerdote y Maestro del espíritu, Pensamientos y sentencias propias para encender las almas en el amor de Dios*, EDIBESA, Madrid 2009, 194.

<sup>11</sup> Cf. E.T. GIL DE MURO, *Ahora que son las doce. Así era Edith Stein*, Monte Carmelo, Burgos 2004<sup>4</sup>, 250.

dos. La cruz es el árbol de la vida que nos hace partícipes de la misma vida de Cristo (S45)<sup>12</sup>.

Si por un lado la vida interior y el discernimiento son dos grandes temas de la organicidad de la espiritualidad de la Iglesia, por otro no se puede olvidar que nacen dentro del dinamismo de la vivencia de las virtudes teologales gracias al vínculo con Cristo por el bautismo. El hombre interior se va conformando a medida en que se va empapando de virtud<sup>13</sup> que le confiere sabiduría, prudencia y fortaleza ante las adversidades que acechan el espíritu. Hay una correlación entre las virtudes teologales que son dones del Espíritu infundidos por el bautismo y las virtudes cardinales que necesitan luz del Espíritu, pero también la disposición humana.

En este sentido, el Aquinate sostiene que la fe favorece el intelecto para ejercitar la prudencia y la justicia. La esperanza ordena la voluntad a ejercer la fortaleza y la templanza. La caridad a su vez es la única que tiene como fin unirnos a Dios<sup>14</sup>. Fomentando la oración y los sacramentos el hombre crece en su vida interior y es capaz de un serio discernimiento en el Espíritu Santo.

La fe nunca exige certezas, sino que adhiriéndonos a ella hace que comprendamos con el intelecto la Verdad, nos empeñemos con la voluntad a realizar el Bien, y anhelemos con el corazón la Belleza. Cristo es la Verdad, la Bondad y la Belleza que se ha revelado al mundo y a cada hombre. Por tanto, la fe es luz; no una luz que disipa nuestras tinieblas, sino que sirve para iluminar nuestros pasos<sup>15</sup>. La esperanza tiene dos motivos, Dios que es su objeto formal y también su causa eficiente. Dios, siendo objeto del alma es un Bien futuro posible y arduo que hace que la esperanza no sea pasiva, sino activa, con actos concretos<sup>16</sup>. Siendo así, en el orden de la perfección la caridad precede la esperanza, pero en el orden cronológico la esperanza precede la caridad.

La caridad es la virtud que no terminará jamás (cf. *1Cor* 13,8-13). La caridad es amistad, pero siempre añade algo a la amistad como especificación del amigo. Porque aquí se trata de la amistad con Dios, lo más precioso y querido entre todos<sup>17</sup>. Deseo sumo de todo seguidor de Cristo es participar de su vida para volvernos

<sup>12</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 48.

<sup>13</sup> SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *Summa Theologiae*, I-II, q. 55, a. 3: «Virtus humana, quae est habitus operativus, est bonus habitus et boni operativus».

<sup>14</sup> Cf. *Ibidem*, I-II, q. 62, a. 3.

<sup>15</sup> Cf. FRANCISCO, encíclica *Lumen fidei* (29 de junio de 2013), n. 57.

<sup>16</sup> Cf. SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *III Sent*, d. 26, q. 2, a. 1, *ad tertium*.

<sup>17</sup> Cf. SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *III Sent*, d. 27, q. 2, a. 1, *ad septimum*.

como Él<sup>18</sup>. En esto radica el fin de cualquier vida interior y discernimiento en la vida de la Iglesia y esto lo entendió San Juan de Ávila, como lo sintetiza Esquerda Bifet:

El que ama a Dios de verdad, da a Dios todo lo que tiene y se da a sí mismo. Si el hombre vale no por lo que hace, sino por lo que es, entonces las obras valen según el peso del amor. Porque Dios no mira tanto a las cosas que le damos, sino a la voluntad y amor con que se dan (S 8, 127s). Por eso espera de nosotros un amor arraigado, más allá del deseo de salvarnos Dios nos pide el amor de amistad, nuestro primer amor, pero pide que se lo demos del todo (S 64). Para unirse a Dios basta con amarlo de verdad, tal como Él quiere que lo amemos<sup>19</sup>.

La caridad no se obtiene por fuerzas naturales, sino solo por la infusión del Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, del cual nosotros participamos por el Bautismo. Vale recordar que la caridad posee sus grados que también son clarividentes en la enseñanza de San Juan de Ávila<sup>20</sup>. El primero es el incipiente que está alejándose del pecado. El segundo es el que se ejercita en la virtud. El tercero es el que se ha unido totalmente a Dios. Esto, en otras palabras, se trata del encaje con las clásicas vías de la espiritualidad cristiana: *vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva*.

La vivencia de estas implicaciones de la vida espiritual exige una lucha, lo que ya los Padres de la Iglesia llamaban *Militia Christi*. La vida interior y el discernimiento siempre necesitan vigilancia, atención espiritual. En este sentido, es hermosa la imagen que usan los orientales al sostener que tenemos que poner un portero que custodie la puerta de nuestra alma contra las insidias del demonio<sup>21</sup>. En varias ocasiones también San Juan de Ávila reconocerá esta idea en sus escritos. La soberbia es la raíz de todos los pecados capitales, mortales y veniales. Conduce el alma a su ruina, ya que el soberbio deja de confiar en Dios, quiere explicaciones razonables de todo y se vuelve impaciente. Su alma envejece y su espíritu petrifica<sup>22</sup>.

<sup>18</sup> Cf. SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *Summa Theologiae*, II-II, q. 24, a. 2.

<sup>19</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 26-27.

<sup>20</sup> Cf. *Ibidem*, 70: «Los grados de santidad corresponden a los grados de caridad. Y aunque se puede hablar de *amor de principiantes, amor de aprovechantes y amor de perfectos* (I Juan, 7), habrá que tener en cuenta que *la caridad perfecta* consiste en no anteponer nada al Señor. Se busca la unión con Dios por amor (P 3)».

<sup>21</sup> SAN ATANASIO, *Vida de Antonio*, 43, 1-3: «Cualquier imagen que aparezca, quien la vea no se inquiete, sino más bien la interrogue con seguridad diciendo primero “¿Quién eres y de dónde vienes?” [...] Si se trata de una potencia diabólica, de inmediato se debilitará, al ver un ánimo seguro y vigoroso. La pregunta: “¿Quién eres y de dónde vienes?” es un signo de un ánimo no turbado».

<sup>22</sup> Cf. A. TORRES, *Los caminos de Dios*, EDICA, Madrid 1977, 450-453.

A raíz de esto se observa que el hombre que no es capaz de centrarse en Dios y discernir con serenidad suele ser impaciente, manifestando algo más profundo, una soberbia que limita la acción de la gracia. Traigo a colación la comprensión maravillosa de Romano Guardini al respecto. Dice:

El hombre peca porque no tiene paciencia, porque el pecado es, a la vez, debilidad y violencia. En cambio, Dios es perfección y fuerza. Por eso puede ser clemente. El ve que el mal se está haciendo, lo juzga y se queda perfectamente tranquilo. Dios es capaz de ver en una obra mala una chispa de bien y la tiene en cuenta. La bondad de Dios es su paciencia<sup>23</sup>.

Delante de la paciencia infinita de Dios que espera para perdonarnos y seguir creciendo en la santidad, podemos también subrayar que ciertamente, unido a toda la Tradición de la Iglesia, el Maestro Ávila también asimiló que cada alma debe emprender libre y gustosamente la batalla de la santidad. Por eso si por un lado reconocía que el Espíritu Santo actúa dentro de nosotros y nos ayuda a discernir correctamente, por otro ese mismo Espíritu nunca nos dirime de nuestra responsabilidad de elegir la vía justa a la que el Señor nos llama. Esto no solo lo han captado los santos, sino también algunos humanistas como Pico della Mirandola que sabiamente escribió al respecto:

Te he colocado en medio del mundo para que eligieses lo mejor que hay en él. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, para que por ti mismo, como libre y soberano artista, te plasmases y te esculpieses en la forma que escojas. Podrás degenerarte en las cosas inferiores que son los brutos; podrás, según tu voluntad, regenerarte en las cosas superiores que son divinas<sup>24</sup>.

A la luz de cuanto dicho nos preguntamos: ¿cuáles son las aportaciones de la doctrina del Maestro Ávila dentro del grande patrimonio espiritual de la Iglesia? 1) Una vida entregada a la oración y al apostolado con los ojos fijos en Cristo Crucificado de quien extraía las fuerzas para cumplir la misión de predicar, salvar las almas y guiarlas en un serio discernimiento<sup>25</sup>. 2) Conocedor del

<sup>23</sup> R. GUARDINI, *El Espíritu del Dios Viviente*, San Pablo, Madrid 1999<sup>6</sup>, 69.

<sup>24</sup> G. PICO DELLA MIRANDOLA, *De la dignidad del hombre*, Editora Nacional, Madrid 1984, 2<sup>a</sup> parte.

<sup>25</sup> Cf. R. GARCÍA MAITEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 118: «Por tanto, puesto que Cristo es el espejo en que el cristiano se debe mirar, hay que considerar en primer lugar, en qué modo se le ha de mirar, cómo se le ha de contemplar en la oración. [...] Además, a través de la oración se pueden descubrir perspectivas nuevas que el entendimiento solo no ve, alcanzando una ulterior comprensión de las cosas. "Y si no saben lo que han de hacer, con la oración halla

corazón humano que es el campo de batalla de la santidad y de los grandes discernimientos en la vida. 3) Cristocentrismo reflejado en cartas y sermones, para crecer en las virtudes teologales y con constante respaldo en la Sagrada Escritura, tanto que le llamaban "el Arca de la Sagrada Escritura", la que citaba de memoria y en latín a menudo. Anclado en los Padres de la Iglesia y la viva tradición de la Iglesia. 4) Ideas clave para crecer en la vida interior y el discernimiento son para el Maestro Ávila: rechazo sincero del pecado; humildad con un realismo antropológico profundo; centralidad de Cristo en la dimensión contemplativa y evangelizadora. Recojo lo que Esquerda Bifet condensa con precisión sobre su valoración del Maestro Ávila como síntesis de este apartado:

Era un enamorado de la *hermosura* de Cristo, que equivale a la *novedad* de su misterio de Dios y hombre. El amor a Cristo, además de transformación en Él, exige imitación y sirve de *espejo* donde debe mirarse cada fiel para copiar la hermosura del Señor (cf. AF 69). Meditando en su dolor y afrentas, el cristiano aprende a profundizar en la hermosura de Cristo. La divinidad de Cristo se descubre por la fe al contemplar su humanidad, que es expresión de un amor sumo. Por esto, todo creyente es invitado al *conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros* (AF 68)<sup>26</sup>.

Además, no solamente los matices de espiritualidad nacen de su corazón contemplativo y evangelizador, sino que su competencia en el tema del discernimiento no lo aprendió en los libros o lo enseñó desde una cátedra, sino que su misma vida fue un discernimiento en varios momentos como nos esclarece Esquerda Bifet:

La vida de Juan de Ávila se desarrolla en una actitud constante de discernimiento y de fidelidad al Espíritu Santo. Tuvo que discernir sobre sus estudios iniciados en Salamanca, sobre su vocación cuando volvió a su ciudad natal, sobre continuar los estudios en Alcalá, sobre cómo emplear los bienes heredados de sus padres, sobre su oferta para ir a misionar en las Indias, sobre el estilo de su vida sacerdotal a imitación de los apóstoles... Esta actitud de discernimiento y fidelidad aflora en sus sermones y en su episto-

---

lumbre, porque con esta confianza dijo el rey Josafad: *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos a ti* (2Cro 20,12) [...]. San Agustín dijo, como quien lo habría probado: "mejor se sueltan las dudas con la oración que con cualquier otro estudio". Y por no cansar, y porque no sería posible decirlos particularmente los frutos de la oración, no os digo más, sino lo que la suma Verdad dijo *que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden* (Lc 11,13); con el cual vienen todos los bienes" (*Ibid.*)».

<sup>26</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 19.

lario, especialmente con vistas a ayudar a sus oyentes y dirigidos a discernir sobre la vocación<sup>27</sup>.

### 3. Las consideraciones de Benedicto XVI sobre San Juan de Ávila

#### a. Cultura y santidad al servicio de las almas y de la Iglesia

Cuando se proclama un Doctor de la Iglesia se averigua en esencia si su doctrina es de calidad eminente, además de ortodoxa, profunda, de una sintética madurez espiritual, con un influjo positivo y grande emanado de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio. En San Juan de Ávila cultura y santidad se aunaron enormemente a tal punto que siempre que predicaba o aconsejaba se dejaba iluminar por la pureza de la Palabra de Dios y luego ponía su cultura y su ciencia al servicio del mensaje de Cristo.

Además, esa familiaridad de San Juan de Ávila con la Sagrada Escritura era el respaldo no solo para discernir bajo la luz del verdadero Espíritu, sino también una cierta reacción a la nefasta lectura y tratamiento luterano a la "Sola Scriptura", ese veneno que se estaba esparciendo por Europa. Para el Maestro Ávila la mejor manera de luchar contra este mal era encarnando e integrando con su ejemplo la fe y la razón con relación a su afinidad a la Palabra de Dios<sup>28</sup>.

En otras palabras, el Maestro Ávila fue un eximio predicador y Padre espiritual porque tenía una sólida base humanística, filosófica y teológica y eso lo inculcaba en el clero y en los obispos de

<sup>27</sup> *Ibidem*, 30.

<sup>28</sup> Cf. R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 108: «Esa fue la problemática, agudizada por la protesta luterana, que al reconocer como fuente de revelación únicamente la Escritura, sin referencia a la Tradición y al Magisterio, la convirtió, prácticamente en un libro que se puede interpretar individualmente, aunque se añade: con la ayuda del Espíritu Santo. Pero la asistencia del Espíritu Santo, ¿quién la determina? ¿Cómo discernir lo que el creyente ha leído de aquello que le ha comunicado el Espíritu divino si no hay ninguna instancia que lo garantice? Así se resalta la aporía de un discernimiento subjetivista a la que conduce el principio protestante de la "Sola Scriptura", una de cuyas consecuencias ha sido y continúa siendo las innumerables fragmentaciones confesionales que han surgido del luteranismo. Ante tal situación el Maestro Ávila es muy claro: "a sola la Iglesia Católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la Divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló" (cap. 86) [...] "Y esta es -continúa Ávila- la Iglesia de la cual dice san Pablo que es columna y firmamento de la verdad (1Tim 3,15)" (*ibid.*). De esta manera se resalta cómo el ámbito eclesial es el espacio en que se debe realizar el discernimiento espiritual y pastoral, si se quiere que tenga garantías de verdad para la fe cristiana».

su época para que la Iglesia pudiera renovarse desde dentro y no solamente desde el ámbito del pueblo de Dios<sup>29</sup>.

En este sentido Benedicto XVI, al proclamarlo Doctor de la Iglesia, subrayó esto que estamos diciendo de modo magistral cuando en la Carta Apostólica de su promulgación sintetizaba agudamente todo ello con estas palabras:

El Maestro Ávila no ejerció como profesor en las Universidades, aunque sí fue organizador y primer Rector de la Universidad de Baeza. No explicó teología en una cátedra, pero sí dio lecciones de Sagrada Escritura a seculares, religiosos y clérigos. No elaboró nunca una síntesis sistemática de su enseñanza teológica, pero su teología es orante y sapiencial [...]. Como verdadero humanista y buen conocedor de la realidad, la suya es también una teología cercana a la vida, que responde a las cuestiones planteadas en el momento y lo hace de modo didáctico y comprensible. La enseñanza de Juan de Ávila destaca por su excelencia y precisión y por su extensión y profundidad, fruto de un estudio metódico, de contemplación y por medio de una profunda experiencia de las realidades sobrenaturales [...]. Es muy de notar su profundo conocimiento de la Biblia, que él deseaba ver en manos de todos, por lo que no dudó en explicarla tanto en su predicación cotidiana como ofreciendo lecciones sobre determinados Libros Sagrados [...]. Del Antiguo Testamento cita sobre todo los Salmos, Isaías y el Cantar de los Cantares. Del Nuevo, el apóstol Juan y San Pablo que es, sin duda, el más recurrido. "Copia fiel de San Pablo", lo llamó el Papa Pablo VI en la bula de su canonización<sup>30</sup>.

Toda la sabiduría humanística y teológica de San Juan de Ávila estaba radicada en Cristo Crucificado y siempre direccionada a servir a los hombres. En él se cumplía lo que San Isidoro de Sevilla decía de la enseñanza en sus *Etimologías*, la consideraba como caridad cristiana, pues el conocimiento que no es para los demás se vuelve tristeza, como afirma San Agustín<sup>31</sup>. Conocer implica un acto de amor y este amor en Cristo se vuelve un don, un amor centrífugo, jamás centrípeto. Además ese conocimiento puesto al servicio de los demás es una obra de misericordia.

<sup>29</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 85.

<sup>30</sup> BENEDICTO XVI, Carta Apostólica *San Juan de Ávila, sacerdote diocesano, proclamado Doctor de la Iglesia Universal* (7 de octubre de 2012), n. 8.

<sup>31</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso para el encuentro con la Universidad de Roma «La Sapienza»* (17 de enero de 2008); visita cancelada el 15 de enero. «San Agustín, al establecer una correlación entre las Bienaventuranzas del Sermón de la montaña y los dones del Espíritu que se mencionan en Isaías 11, habló de una reciprocidad entre "scientia" y "tristitia": el simple saber –dice– produce tristeza. Y, en efecto, quien solo ve y percibe todo lo que sucede en el mundo acaba por entristecerse».

¿Cómo ha favorecido el encuentro de cultura y santidad en la persona de San Juan de Ávila al tema de la vida interior y el discernimiento? Contestamos: 1) Conocimiento científico profundo del corazón humano que lo llevó a guiar a las almas con inteligencia y prudencia colaborando con el Espíritu Santo. 2) Ciencia aunada a la oración y a la humildad de una vida entregada a Dios y a las almas, encarnando el gran axioma que afirma «non coerkeri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est»<sup>32</sup>. 3) Funda como método del discernimiento el uso de la Sagrada Escritura como punto de referencia insigne para discernir los movimientos de los espíritus en el acompañamiento de un alma.

### b. Maestro de almas y profundo pensador

Destaca enormemente en el Maestro Ávila la capacidad de conducir las almas a Jesucristo con sabiduría y prudencia. Consultado por Santa Teresa de Ávila, nuestro santo manifestó una gran sensatez de espíritu. Según el Papa Benedicto XVI el Maestro Ávila es un gran guía de almas y profundo pensador porque así afirmó *sine glosa*:

En sus enseñanzas el Maestro Juan de Ávila aludía constantemente al bautismo y a la redención para impulsar a la santidad, y explicaba que la vida espiritual cristiana, que es participación en la vida trinitaria, parte de la fe en Dios Amor, se basa en la bondad y misericordia divina expresada en los méritos de Cristo y está toda ella movida por el Espíritu; es decir, por el amor de Dios y a los hermanos [...] Al ser templos de la Trinidad, alienta en nosotros la misma vida de Dios y el corazón se va unificando, como proceso de unión con Dios y con los hermanos. El camino del corazón es camino de sencillez, de bondad, de amor, de actitud filial. Esta vida según el Espíritu es marcadamente eclesial, en el sentido de expresar el desposorio de Cristo con su Iglesia, tema central del *Audi, filia*<sup>33</sup>.

Claro está que San Juan de Ávila no fue un teólogo especulativo, sino que su teología fue profundamente pastoral, plena de discernimiento a la luz de la realidad pastoral de sus fieles y de las personas que encontraba, uniendo la vida con ese contacto íntimo con Dios en la oración. Se concluye inevitablemente que su pensamiento teológico hondo y fructífero nace de un sereno contacto con Dios. Antes de hablar de Dios, se notaba que hablaba intensamente con Dios.

<sup>32</sup> Esta es una célebre frase dedicada a San Ignacio de Loyola en una obra de casi mil páginas de la Compañía de Jesús titulada *Imago primi saeculi Societatis Iesu* para conmemorar su primer centenario en 1640.

<sup>33</sup> BENEDICTO XVI, *San Juan de Ávila*, n. 5.

Dentro de esta consideración del Papa Emérito sobre nuestro santo podemos decir que las pautas esenciales para realizar un buen discernimiento espiritual siempre las encontraremos en las verdades basilares de la fe cristiana, contenidas en la Sagrada Escritura, en la perenne valoración teológica de los Padres de la Iglesia, y en el continuo acercamiento a la fuente de toda vida espiritual: la oración y los sacramentos. Todo padre espiritual que guía almas debe anclarse en estos criterios para establecer el método de acompañamiento de sus almas. Especifiquemos esto mejor en el siguiente punto dentro de este apartado.

### *c. Sus raíces: Sagrada Escritura, Padres de la Iglesia y Tradición*

El empeño del Maestro Ávila en evangelizar sea desde el púlpito, sea desde el confesionario, sea desde la dirección espiritual epistolar, tenía sus raíces en la Sagrada Escritura, esa maravillosa carta enviada del cielo para nosotros<sup>34</sup>. Afrontó la tarea de ayudar a muchas almas en su discernimiento no escudándose únicamente en los resortes psicológicos que pudiera ofrecer la psicología de su época como ciencia, que obviamente eran pocos, sino que tenía claras las líneas de acción ofrecidas por el depósito de la fe y su experiencia como guía de almas.

Subrayo esto porque hoy día el acompañamiento de muchas almas en el campo del discernimiento corre el peligro de intoxicarse con psicologismos frescos, fáciles y baratos, que no pueden ser la respuesta total frente a un discernimiento profundo en la vida. Con todo respeto y aprecio a los que ejercitan la psicología, pero debemos reconocer que, dentro del tema que estamos presentando, la psicología es esclava (*ancilla*) del discernimiento espiritual, no dueña y señora (*domina*) de la vida espiritual de una persona. Ofrece datos objetivos que ayudan a distinguir y reconocer lo que somos y lo que pasa en nuestro interior, pero no determina nuestras decisiones a la luz de la oración y de la guía de un buen director espiritual.

El criterio según el Maestro Ávila debe ser, por tanto, la Palabra de Dios. El padre espiritual que haya entendido esto y lo aplique, como San Juan de Ávila, habrá captado que, en definitiva, guiar a las almas se trata «del arte de las artes»<sup>35</sup>, como bien expresaba San Gregorio Magno en su *Regla Pastoral*. Sobre esto, podemos recordar lo afirmado por Benedicto XVI:

<sup>34</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón 66*.

<sup>35</sup> Cf. SAN GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral*, 5 (cortesía de Vida Sacerdotal.org): «No debe tenerse la pretensión de enseñar un arte sin antes haberlo aprendido con esmerado estudio. ¿Cuál será, pues, la temeridad de aquellos ignorantes que aspiran al magisterio pastoral, siendo el gobierno de las almas el arte de las artes?».

Caritas Christi urget nos (2Cor 5,14). El amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, es la clave de la experiencia personal y de la doctrina del Santo Maestro de Ávila, un “predicador evangélico”, anclado siempre en la Sagrada Escritura, apasionado por la verdad y referente cualificado para la “Nueva Evangelización”<sup>36</sup>.

En este sentido, consideramos oportuno recalcar que el trabajo espiritual no es solo menester del dirigido o del Espíritu Santo, sino que es también gran responsabilidad de amor y de servicio de los sacerdotes que ejercen el *amoris officium*, es decir, el ministerio de la dirección espiritual. ¿Por qué tocar este aspecto aquí? Porque –como he dicho anteriormente– existe el peligro de reducir o confundir la guía de almas con el psicologismo que desprecia las raíces que tanto privilegia San Juan de Ávila: la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y la Tradición.

Por tanto, dejemos claro que: 1) El director espiritual debe ser un hombre pneumatológico, es decir, que escucha, lee e interpreta las situaciones desde el Espíritu Santo y desde las raíces ya mencionadas. 2) Principio y fundamento para el acompañamiento en el discernimiento es la fe, base de cualquier trabajo de vida espiritual, no es simplemente el sustrato humano con sus carencias y potencialidades afectivas, experienciales e intelectuales. 3) Es sumamente importante la reciprocidad en la escucha, es decir, comúnmente el director espiritual es el que menos habla, porque escucha mucho, tanto al dirigido como al Espíritu Santo por medio de las raíces que aquí hemos abordado.

Puestas estas premisas fundamentales, concluimos sin vacilar que un buen guía de almas como San Juan de Ávila, para guiar a las almas en su vida interior y discernimiento, necesita ser un hombre de sana psicología, de profunda, clara, segura y probada espiritualidad, prudente, sereno y humilde, que en lo poco que habla siempre sugiere con sencillez, acierto y exigencia. La finalidad de todo, en definitiva, es que el alma descubra su vocación en este mundo y alcance la santidad como meta de este camino<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> BENEDICTO XVI, *San Juan de Ávila*, n. 1.

<sup>37</sup> Cf. J.C. MATEOS, «San Juan de Ávila y el acompañamiento espiritual», *Ecclesia*, 10 de mayo de 2021 (<https://www.revistaecclesia.com/san-juan-de-avila-y-el-acompanamiento-espiritual/>): «Tenía una habilidad especial para “discernir” la vocación, y en el acompañamiento siempre orientaba a buscar la voluntad de Dios y a valorar en el acompañado la “consagración” como un tesoro, incluyendo también la vocación sacerdotal. Esta es la clave de todo su acompañamiento: ayudar a descubrir qué es lo que Dios quiere para cada uno, acompañando con docilidad a la persona a descubrir su vocación, desde una auténtica pedagogía de la santidad».

#### 4. Una aproximación a San Juan de Ávila en el *Audi, Filia*

##### a. Los sentimientos espirituales en el proceso del discernimiento

Ciertamente los sentimientos tienen un papel importante en la vida espiritual, pero es solo la pequeña mecha inicial del fervor y del deseo de servir, agradar y amar a Dios. Pues no «no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos» (cf. *Mt* 4,1-11; *Mc* 1,12-13; *Lc* 4,1-13). El Maestro Ávila tiene muy clara una cosa en su obra *Audi, filia* y en su vida: el demonio se sirve de sentimientos espirituales para engañarnos en el trabajo espiritual y esto es un gran escollo para la vida interior y el discernimiento. Por ello, él como tantos otros autores de espiritualidad insiste en la clave de la discreción de espíritus. Escuchemos lo que nos dice el jesuita, R. García Mateo:

Ávila percibe bien la complejidad que el discernimiento conlleva en algunos momentos y subraya: «Necesaria, pues, es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama “discreción de espíritus”; con la cual entrañable inspiración y alumbramiento juzga el hombre que este don tiene, sin error, cual es el espíritu de verdad o de mentira. Y si es cosa de tomo, débese de decir al prelado, y tener por acertada su determinación» (cap. 51). [...] Si a esto se suma que el tentador se puede disfrazar de ángel del luz, entonces la cuestión no es solo para el que ayuda a otros a discernir, sino también para quien tiene que hacerlo consigo mismo. [...] «Y cuando se viere –continúa Ávila– que no hay cosa de provecho, mas mañanas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar o hacer perder tiempo [...] Y entre las cosas que habéis de mirar que se obra en vuestra ánima, la principal sea si os dejan más humillada que antes [...]; y si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios...; y sentís vuestro corazón tan sosegado, y más en el propio conocimiento, como antes que aquello estábades; alguna señal tiene de ser de Dios» [...]<sup>38</sup>.

Como en el desierto el demonio engaña incluso citando la Escritura, también en la vida espiritual de cada cristiano engaña absolutizando los sentimientos frente a las exigencias del trabajo espiritual. Cuando un alma se deja arrastrar solo por sentimientos en la vida espiritual, una de las manifestaciones concretas de la falsedad de su avance es la falta de humildad. Escuchemos al Maestro Ávila:

<sup>38</sup> R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 110-111.

Ensálzanos (el demonio) con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia [...] sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia a Dios, y cómo ella sola basta a hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca. Y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima, que muchas veces dice verdades, y da buenos consejos, y sentimientos devotos, solamente para inducir a soberbia, teniendo en muy poco lo que pierde en que uno haga algún bien, con que le pueda ganar todo entero, con el pecado de soberbia, y con otros que tras él vienen<sup>39</sup>.

Como buen médico espiritual, San Juan de Ávila no solo detecta la enfermedad, sino que ofrece también la medicina para salir de las tinieblas en las que nos mete el demonio, haciéndonos flotar en burbujas de vanidad y de lindos sentimientos que catalogamos como espirituales, pero que al final no lo son, porque en vez de provocar paz y alegría, solo devanan intranquilidad y tristeza. Escribe el santo:

Es la desesperación y el caimiento del corazón tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por ella han venido a conciencias de muchos, deseo hablar más en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare algún provecho [...] y tened por cierto, que como el camino de la perfecta virtud sea una muy reñida batalla, y con enemigos muy fuertes dentro de nos y fuera de nos, no puede llevar consigo quien comienza esta guerra cosa más perjudicial, que la pusilanimidad de corazón; pues quien esta tiene, de las sombras suele huir<sup>40</sup>.

El demonio, usando los sentimientos de una persona, puede engañarla según lo que nos dice el Maestro Ávila. Sin embargo, la insistencia doctrinal del santo no recae tanto en lo que el mal puede provocar en nuestro progreso espiritual, sino en lo que es fundamental como arma contra el demonio y los sentimientos falsos del alma: la humildad. Porque es aquí donde los demonios tienen envidia de nosotros, porque ellos perdieron todas las vías posibles de arrepentirse, de abrazar el camino de la humildad, aun inmersos en su soberbia<sup>41</sup>.

Esta humildad sustancial, para no caer en falsos sentimientos en el progreso espiritual y luego en los profundos discernimientos en la vida, debe estar vinculada a un conocimiento sincero de uno mismo casi como un requisito antropológico del cual no se puede prescindir y sobre el cual el alma huye de los sentimentalismos, para radicarse en la realidad de sí misma y de Dios que la mira con

<sup>39</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 572.

<sup>40</sup> *Ibidem*, 585.

<sup>41</sup> Cf. *Ibidem*, 597.

mayor objetividad que ella misma<sup>42</sup>. Ilustremos esta idea central con el Maestro:

¿Qué cosa más provechosa que la que pide San Agustín, cuando dice: «Señor, conózcate a Ti con amoroso conocimiento, y conózcame a mí?» ¿Y qué cosa tan a lo propio para conocerse un hombre a sí mismo, como verse por experiencia en tales trances, que toca con sus manos, como dicen, su propia flaqueza tan de verdad, que queda bien desengañado de su propia estima? Y por otra parte experimenta cuan verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de su necesidad, cuan fuerte en librar los suyos de tanta flaqueza, y en darles admirable fortaleza súbitamente; y cuan lleno es de misericordia, pues visita y apiada a los que tan extremadamente están fatigados<sup>43</sup>.

Considerando todo esto en vista de un proficuo discernimiento de espíritus el Maestro Ávila también sostiene que hay algo que ayuda al hombre a ubicarse en el designio de Dios, lejos de sentimientos que lo vuelven idealista, y es que a veces es saludable espiritualmente hablando que el alma pase por algunas tribulaciones para que así, entrando en razón, se dé cuenta de la soberbia que arrastra como cautivos del pecado original y, en definitiva, de sí mismo.

Además, San Juan de Ávila reconoce que no solo es saludable, sino muy efectivo, puesto que lo que se busca es la salud del alma y para eso se necesita pasar por la adversidad, por la prueba, por tomar la medicina amarga, aunque el Espíritu Santo quiera mezclar de cuando en cuando algo dulce, es decir, algún consuelo espiritual que anime al alma atribulada.

Y si os parece que quisiérades tener una vida muy santa y perfecta, y que toda ella diera gloria al Señor, sabed que hay personas tan

<sup>42</sup> Cf. R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 113. «Para ahondar en el discernimiento de la mirada interior, el cap. 57 establece un orden: "que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos porque os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño que ser engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es". O sea, para un verdadero discernimiento hay que profundizar en el conocerse a sí mismo con sinceridad, quitándose las máscaras que ocultan la verdad de lo que en realidad se es; alejando asimismo la pretendida seguridad que da la autosuficiencia de las personas satisfechas, que se vanaglorian de lo importantes que son sus obras, olvidando "que de todo bien que tenemos no a nosotros, sino a Dios se dele la honra [...] Por la soberbia es un ánima semejable al demonio, el cual, como dice el Evangelio, no estuvo en la verdad (Jn 8,44), que es Dios; mas quiso estar en sí mismo, poniéndose a sí por arrimo y descanso. Por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí, es un ánima semejable a los buenos ángeles, que se arrimaron a Dios y se desasieron de sí, porque se veían ser caña quebrada; y túvolos Dios y confirmólos..." (Ibid.)».

<sup>43</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 601.

soberbias y yertas (Yertas: erguidas, orgullosas, tiesas), que no se saben humillar sino a costa de tentaciones y de desconsuelos, y aún de caídas; y son tan flojas, que no andan el camino de Dios con diligencia, sino a poder de muchas espoldadas; y tienen un corazón tan duro, que han menester para quebrantarlo tener muchos males; y no saben tener discreción ni cautela, sino después de hacer muchas errado; en fin, tienen un corazón, que con pocos bienes se hincha y hace vano; y han menester muchos males para andar humillados para con Dios y los prójimos<sup>44</sup>.

Por tanto, el conocimiento propio, realista, fundamentado en la humildad, en el ejercicio de la oración y los sacramentos, es lo que para San Juan de Ávila encauza una recta vida interior y un discernimiento seguros. Además, no desdeña el acompañamiento de un director espiritual que sea canal de la paciencia de Dios<sup>45</sup>. El Maestro Ávila aconseja mucho la paciencia tanto del director como del dirigido, puesto que es la paciencia lo que más aturde al demonio. Solo la humildad y la paciencia pueden quebrar las cadenas del demonio que suelen ser las que atan el alma para que no avance en los propósitos espirituales. Para esto aconseja pensar a menudo en la paciencia de Dios como el Viñador que espera el fruto de su amor y de su trabajo en el alma, y que ya mencionamos precedentemente con Guardini. Ese Dios que detesta los espíritus acelerados, impacientes, soberbios, que toman el camino de la santidad como algo empresarial, metódico, rígido, expulsando de sus métodos y sus metas al Espíritu Santo<sup>46</sup>. Delante de un Dios que es paciente y realista no se puede vivir en puros sentimientos espirituales, que ayudan, pero no determinan nuestro progreso espiritual.

En contraste con el sentimentalismo espiritual que nos saca de la realidad y del camino de la verdadera santidad descubrimos en la doctrina del Maestro Ávila que la paciencia de Dios siempre sale al encuentro del hombre porque Él sabe más que nadie que la vida interior y el discernimiento muchas veces asustan al demonio, quien hace de todo para que demos pasos inadecuados en este proceso. Por tanto, el santo más que enfatizar que allí está el demonio sirviéndose de nuestra flaqueza humana, de nuestros sentimientos para hacernos caer, trata de anclarnos en la paciencia de Dios que es, en definitiva, su bondad, la bondad de un buen Viñador, que espera y su espera es la concreción de su amor.

Quizás habiendo considerado esta doctrina de San Juan de Ávila sobre el buen uso de los sentimientos en el proceso de una

<sup>44</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 589.

<sup>45</sup> Cf. *Ibidem*, 596-597.

<sup>46</sup> Cf. *Ibidem*, 595.

vida interior y del discernimiento, merece la pena confrontar admirados y cuestionar sabiamente lo que sea esa paciencia infinita de Dios, que nunca son sentimentalismos hacia nosotros, sino concreción de su amor y cómo podemos corresponder de algún modo a su amor que se traduce en su paciencia, en su espera, en ese tiempo a veces malgastado por nosotros en el que Él no desiste del hombre. Permito que lo exprese el P. Fabio Rossini:

¿Por qué esta paciencia de Dios? ¿Por qué nos concede tiempo para arrepentirnos? ¿Por qué nos quiere dar espacio y capacidad de reacción? En definitiva, ¿Por qué es paciente? La respuesta a esta pregunta es menos banal de lo que parece a primera vista: porque tiene todo el tiempo del mundo, el tiempo es creación suya, como todas las cosas [...]. Quien no cree en la eternidad, no tiene la paciencia de Dios, no está de su parte. Somos esclavos del tiempo, pequeños, limitados, aplastados por nuestras ansias, y somos, por tanto, impacientes, robamos el tiempo, comprimimos, empujamos, oprimimos a los demás cuando son débiles, cuando son frágiles, porque si damos tiempo pensamos que lo perdemos, que no tenemos recambio<sup>47</sup>.

Formalicemos cuanto hemos desentrañado de la mano de San Juan de Ávila hasta aquí sobre la constatación de la presencia del demonio en el uso inadecuado de los sentimientos en la vida interior y el discernimiento. 1) Los sentimientos espirituales favorecen inicialmente el proceso de la vida interior y el discernimiento en el camino de la santidad, pero no son absolutos y ni determinantes a la hora de tomar las resolutivas decisiones en la vida espiritual, humana y vocacional dentro de la vida cristiana. 2) El demonio, astuto, puede hacer perder a las almas con los sentimientos mal encauzados. 3) De gran ayuda es la oración y la guía espiritual de un sacerdote que, siendo realista y pneumatológico, haga progresar el alma por la vía segura de la humildad y de la paciencia, sobre todo consigo misma. 4) Suele pasar que las adversidades y los desconuelos, que se plastifican en los sentimientos a nivel fenomenológico, sirvan de gran respaldo para el crecimiento de lo que es fundamental en la vida espiritual: la humildad y el abandono a la paciencia de Dios que es la concreción de su bondad y su providencia. 5) Los discernimientos fructíferos se dan con el sustrato antropológico realista de uno mismo, lo que requiere humildad y paciencia. Sentimientos que en un inicio ayuden a arrancar en el proceso de santificación, sí; sentimentalismos que anestesian el alma, no. Por eso, el director espiritual también debe estar muy atento a esta realidad, del amor y de la vida espiritual traducida

<sup>47</sup> F. ROSSINI, *Solo el amor crea, las obras de misericordia*, RIALP, Madrid 2018, 187-188.

en obras<sup>48</sup>, puesto que –según San Juan de Ávila– aquí se juega mucho del éxito y del provecho que se quiere sacar del trabajo espiritual.

*b. La humildad como piedra de toque de la vida espiritual*

Conocerse es la tarea primordial del trabajo espiritual y especialmente del discernimiento. Pero no existe verdadero conocimiento personal si no hay humildad sincera. Todos los autores espirituales subrayan esta idea fundamental, aunque de formas distintas, y el Maestro Ávila no es diferente<sup>49</sup>. La humildad es la llave para abrir la puerta a la sinceridad y a la verdad de nosotros mismos. Quien no hace un serio trabajo por conocerse se engaña tremendamente y no anda en verdad. Así ilustra este punto de la humildad el jesuita R. García Mateo:

Pero no basta la reprehensión y el estimarse poco por razón de los defectos que se tienen, sino también «en las buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros; mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere, se ha dar perfectamente la gloria al Padre de todas las lumbres, del cual procede todo lo bueno y dádiva perfecta» (cap. 63). Este tipo de humildad no es obviamente la del pecador sino la del justo, la de los ángeles buenos, la de María que muestra a su prima y al mundo entero «que, de las grandezas que ella tenía, no a sí, mas a Dios se debía dar gloria». Y esta misma y más perfecta humildad fue la de Jesús: *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió* (Jn 7,16). *Las palabras que yo hablo, no las hablo de mí mismo, mas del Padre que está en mí, él hace las obras* (Jn 14,10). Con la humildad redentora de la cruz Cristo superó la soberbia, «raíz de todos los malos y de todo mal», y llama a imi-

<sup>48</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 66. «Según el Maestro Ávila, la santidad no consiste solo en sentimientos de devoción, sino en el ejercicio de la caridad siguiendo los signos de la voluntad divina: “la santidad verdadera no consiste en estas cosas (sentimientos), sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Efectivamente, es más santo quien sabe humillarse y mostrar siempre mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la ley” (AF 55)».

<sup>49</sup> Cf. J.C. MATEOS, «San Juan de Ávila y el acompañamiento espiritual»: «Uno de los principales criterios de discernimiento que señala san Juan de Ávila es la humildad, ésa que las buenas obras dejan en nosotros. Todo el Audi, filia es una invitación al seguimiento, desde un discernimiento continuo de la voluntad del Señor, pero para discernir bien la voluntad de Dios debemos ser vigilantes: “A Isboset mataron dos malos hombres porque se durmió la portera, que estaba ahechando el trigo (cf. 2Sam 4,5.7); porque quien no tiene vela sobre su corazón para discernir quién entra en él, si es trigo o si es paja, poco tiempo durará con la vida. Y por esto nos amonesta la Escritura diciendo: Con toda guarda, guarda tu corazón, porque de él procede la vida (Prov 4,23); y mal puede guardar quien duerme ni discernir paja de trigo quien tiene los ojos cerrados”».

tarlo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 5,3). Con todo, Ávila es muy consciente que la humildad de Cristo no se puede conseguir con las propias fuerzas, hay que disponerse a ella con la oración y con algún ejercicio; propone considerar dos cosas: «una el ser, otra el buen ser»<sup>50</sup>.

Si la literatura puede plastificar sintéticamente lo que resulta vivir en la mentira y la soberbia de la vida basta echar un vistazo, por ejemplo, al eterno joven de Oscar Wilde, Dorian Gray, que de engaño en engaño terminó dramáticamente<sup>51</sup>. Pues así sucede en la vida espiritual, cuando no hay humildad no hay sinceridad, no hay realismo y, desde luego, la vida interior puede externamente parece una fachada bonita, pero por dentro está hueca y el discernimiento se vuelve un caminar a trompicones.

Puestas estas premisas esenciales, veamos lo que afirma San Juan de Ávila en su obra en cuestión respecto a la humildad como piedra de toque del camino de santidad:

Tendréis, pues, esta orden en el mirar: que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos para que os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño, que ser uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es<sup>52</sup>.

Y, como buen humanista que era nuestro Doctor, añade con una imagen muy ilustrativa:

Y por tanto el primer cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que, quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis a la firme piedra, que es Dios; sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundareis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: «Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad; porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento» [...] y por tanto, conforme a la alteza de las virtudes ha de

<sup>50</sup> R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 115-116.

<sup>51</sup> Cf. O. WILDE, *El retrato de Dorian Gray*, Planeta, Barcelona 1983, 220: «Su belleza le inspiró una infinita repugnancia y, arrojando el espejo al suelo, lo aplastó con el talón hasta reducirlo a astillas de plata. Su belleza le había perdido, su belleza y la juventud por la que había rezado. Sin la una y sin la otra, quizá su vida hubiera quedado libre de mancha. La belleza solo había sido una máscara, y su juventud una burla. ¿Qué era la juventud en el mejor de los casos? Una época de inexperiencias, de inmadurez, un tiempo de estados de ánimo pasajeros y de pensamientos morbosos. ¿Por qué se había empeñado en vestir su uniforme? La juventud lo había echado a perder. Era mejor no pensar en el pasado. Nada podía cambiarlo. Tenía que pensar en sí mismo, en su futuro».

<sup>52</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 658.

ser lo bajo del cimientto de la humildad, para que el ánima esté firme, y no sea derribada con el viento de la soberbia<sup>53</sup>.

Allende el grafismo del lenguaje retórico vivo y colorido usado con evidencia por el Maestro Ávila para explicar la esencialidad de la humildad en la vida espiritual, podemos, además, dejar claro que él se explaya en otros pasajes en medios concretos para crecer en la humildad. Infelizmente este trabajo no soporta una precisión y profundización detalladas, pero podemos mencionarlos, remitiendo el lector a la obra en cuestión: la oración<sup>54</sup>, la meditación frecuente de la propia muerte<sup>55</sup>, lo que sucederá a nuestra alma<sup>56</sup>, el examen de conciencia asiduo<sup>57</sup>, cuando nuestra alma se desnuda delante de Dios<sup>58</sup> –en palabras de San Agustín–, la importancia de la corrección que nos puedan hacer otras personas, viendo en nosotros defectos y fallas objetivas<sup>59</sup>, aceptándolas de buen gusto y tratando de enmendarlos.

Obviamente, los medios de piedad y de ejercicio en las virtudes no son suficientes en sí mismos, sino que San Juan de Ávila, alimentado como ya hemos dicho en precedencia de un arraigado cristocentrismo, sabía que la fuente de la humildad no podía y no debía ser fruto de un pelagianismo, sino un acercamiento a Aquel que es la humildad por antonomasia y en el Cual todo el progreso espiritual no solo tiene su cauce, sino también su culmen. Dejemos que hable el Maestro Ávila:

Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor, acuesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, según su Palabra (Lc 14,17): Quien se humillare será ensalzado. Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende (Mt 5,3): «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos». Y tener por cierto, que pues Jesucristo nuestro Señor fue ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera va de camino; y débese de desengañar en lo que dice San Agustín: «Si me preguntares cual es el camino del cielo, responderte he que la humildad; y si tercera vez, responderte he lo mismo; y si mil veces me lo preguntares, mil veces te responderé que no hay otro camino sino la humildad»<sup>60</sup>.

<sup>53</sup> *Ibidem*, 661.

<sup>54</sup> Cf. *Ibidem*, 663-664.

<sup>55</sup> Cf. *Ibidem*, 665-666.

<sup>56</sup> Cf. *Ibidem*, 666-667.

<sup>57</sup> Cf. *Ibidem*, 666-667.

<sup>58</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro X, 2.2 BAC, Madrid 1988.

<sup>59</sup> Cf. SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 666-667.

<sup>60</sup> *Ibidem*, 671-672.

Puede parecer que a final de cuentas San Juan de Ávila ha llovido sobre mojado, en cambio, no es así. ¿Cuál sería el argumento central que sostiene nuestro santo sobre el valor y la riqueza de la humildad en la vida interior y el discernimiento? Sencillamente que la humildad si es verdadera está radicada en el ejemplo sublime de Cristo, manso y humilde de corazón, que nos dio ejemplo de humildad, el ejemplo más excelso que fue el morir en cruz por nosotros. *Sine glosa*, así lo reconoce el gran experto en el Maestro Ávila:

Invitaba a todos a la santidad con motivaciones evangélicas, como presentando una joya tan preciosa. Para ello proponía que los creyentes se ocupasen en ordenar sus pasiones, arando su campo con el arado de la cruz e imitación de ella, para luego sembrar a Jesucristo crucificado y así poder conseguir un fruto perfecto (S 54). Es un camino de amistad (C 222). Y el secreto para acertar en este camino consiste en reconocer la propia miseria, sin olvidar tener a Dios por muy bueno (C103). De ahí nace la humildad, la confianza y la entrega: Desconfiemos, pues, de nos, y confiemos en Dios. Así seguimos al Señor crucificado y resucitado: nuestro principio sea la humildad y nuestro fin es el amor, figurado en la resurrección (C 74)<sup>61</sup>.

Construir una vida espiritual desde este punto y discernir desde esta certeza es –para San Juan de Ávila– empezar a caminar por terreno seguro, firme, estable, libre de estar caminando en arena movediza.

### c. La paternidad de Dios en la vida interior y el discernimiento

A estas alturas consideramos importante abrir un poco más el abanico de nuestra profundización no solo en la pureza doctrinal del Maestro Ávila, sino también en la sensatez de otros que le suceden y sobre él han pensado pautas seguras para la vida interior y el discernimiento. Comencemos con una premisa sencilla, pero fundamental: Dios es ante todo Padre.

Preservando las distinciones no solo conceptuales, sino también de aplicación de contenido, lo mismo pasa en la vida espiritual. ¿Es importante reconocer que Dios es Padre y nos acompaña y nos ama y nos quiere y nos guía por el ejemplo de su Hijo Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo en el camino de la santidad? Sí. Sin embargo, esa misericordia de Dios no es paternalista, es decir, no nos resuelve todos los problemas y retos de la vida espiritual como un toque de magia, sino que es paternal, nos trata como hijos, quiere nuestro bien, respeta nuestra libertad y cuenta

<sup>61</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 69-70.

con nuestra responsable adhesión al amor de Dios manifestado en Cristo. Bien ya lo decía el Obispo de Hipona: el que te creó sin ti no se salvará sin ti. Con esto, se entiende que, por un lado Cristo Crucificado intercede por nosotros ante el Padre, por otro Dios siempre cuenta con la colaboración humana para realizar su redención en nosotros, en nuestro corazón.

Adentrándonos más en este apartado en el que se cruzan y se armonizan varias intuiciones espirituales, lo que más conviene subrayar es lo que el Maestro Ávila condensa admirablemente en su *Audi, filia*. Un alma que está creciendo en la vida espiritual lo que más tiene frente a sus ojos es a Cristo Crucificado – ¡he aquí el cristocentrismo que ya hemos realzado!– con la conciencia de que podrá cometer errores, pecados, puesto que todos estamos heridos por el *mysterium iniquitatis*, pero ve en Dios un Padre que es el primero que desea que seamos hijos, no niños que se malacostumbran a tanta misericordia. Por eso, el Maestro Ávila habla de que, cuando estemos inmersos en el pecado, lejos de Dios, y hayamos fallado a su amor infinito, nos acerquemos a Él en el sacramento del perdón y los medios que nos ofrece la Iglesia. Si el corazón del Maestro Ávila se convirtió para las almas que lo conocieron «una botica espiritual»<sup>62</sup> –como escribió Fray Luis de Granada– es porque éste vivió siempre unido a Cristo, que es Médico y Medicina de las almas.

Dicho esto, escuchemos al Maestro Ávila:

Verdaderamente es grande el clamor de la sangre de Cristo pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que pedían venganza contra los que los hacen. [...] ¿Qué pensáis que significaba aquel callar de Cristo, y hacerse como sordo que no oía, y como mudo que no abre su boca (*Ps* 37,14), en el tiempo que era acusado? [...] Alegraos, esposa de Cristo, y alegrense todos los pecadores, si les pesa de corazón de haber pecado, y quieren tomar los remedios que en la Iglesia Católica hay: que sordo está Dios a nuestros pecados para castigarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes<sup>63</sup>.

En resumidas cuentas, el alma debe reconocer para crecer y saber discernir el soplo del Espíritu en su vida que Dios es Padre. El Maestro Ávila configuró en vida su corazón paternal hacia las almas porque mirando a Cristo entendió que también su corazón debería ser fuente de perdón, de curación y de apoyo para las almas.

<sup>62</sup> Cf. FRAY LUIS DE GRANADA, *Vida*, I, 3, n. 1.

<sup>63</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 722-723.

d. *Cualidades del director espiritual según San Juan de Ávila*

Nos preguntamos ahora: ¿por qué es importante mencionar el papel del padre espiritual en el tema que concierne este trabajo? Si por una parte el director espiritual es uno que acompaña al alma en el crecimiento interior y el discernimiento, por otra él también ha pasado por la experiencia de dejarse moldear por el Espíritu Santo<sup>64</sup>. Es un hombre pneumatológico no solo porque tenga mucha ciencia, sino porque tiene mucha experiencia de Dios en su propia vida. Antes de aconsejar ha escuchado mucho al Espíritu Santo<sup>65</sup>, ha encarnado ese "Oye, hija", como alma que aprende a escuchar con humildad como hija de Dios.

Puestas estas premisas, preguntémonos: ¿qué nos aconseja San Juan de Ávila en su *Audi, filia* para crecer en la vida interior y el discernimiento y, quién sabe, llegar a ser algún día guía de almas?

Oye, hija, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura (*Sal* 44,11) [...] Invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi pluma y apareje vuestro corazón, para que ni yo hable mal, ni vos oigáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea a perpetua honra de Dios y a complacimento y agrado de su santa voluntad. [...] Lo primero que nos es amonestado en estas palabras es que oigamos; y no sin causa, porque como el principio de la vida espiritual sea la fe, y ésta entre en el ánimo, como dice San Pablo (*Rom* 10,17), mediante el oír, razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer. Porque muy poco aprovecha que suena la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la quieran oír en lo de adentro. Ni nos basta que cuando fuimos bautizados nos metiese el sacerdote el dedo los oídos, diciendo que fuesen abiertos (*Epheta*, que significa Ábrete), si los tenemos cerrados a la palabra de Dios, cumpliéndose en nosotros lo que de los ídolos

<sup>64</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 91. «El verdadero director es el Espíritu Santo; el confesor y predicador *no te han de ser estorbo para el Espíritu Santo*, sino más bien *una escalera para que tú subas a Dios* (S 27). El proceso de consejo o dirección espiritual es siempre un camino de discernimiento de la acción del Espíritu Santo. Se trata de discernir si las inspiraciones y deseos son propiamente del espíritu bueno o tal vez procedentes del espíritu del mal. *Necesaria, pues, en todo caso lumbre de Espíritu Santo, que se llama discreción de espíritu. Con su ayuda se puede discernir sin desviarse cuál es el espíritu de verdad o de mentira* (AF 31)».

<sup>65</sup> Cf. J.C. MATEOS, *San Juan de Ávila y el acompañamiento espiritual*: «El Espíritu Santo –dice San Juan de Ávila– es el director de nuestra vida espiritual: "¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¿Que tengas tú dentro de ti un consejero, un ayo, un administrador, no que te guíe, que te aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente, si no pierdes la gracia, andará tan a tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar, que no pase por su mano y santo consejo. Seráte amigo fiel y verdadero; jamás te dejará si tú no le dejas"».

dice el Santo Rey y Profeta David (*Sal* 113,4): Ojos tienen y no ven; orejas tienen y no oyen<sup>66</sup>.

Formalicemos: 1) Oye y ve desde el Espíritu Santo, primera cualidad de un alma que se prepara para acompañar a quienes están en discernimiento; no debe presumirse de sus muchos conocimientos o experiencias, sino que debe saber escuchar, leer, interpretar los signos de los tiempos y las circunstancias desde Dios. 2) Principio y fundamento de este proceso es la fe que entra por la escucha no solo externa, sino también interna, base del trabajo de cualquier discernimiento espiritual. 3) Reciprocidad en la escucha, es decir, el director espiritual comúnmente es el que menos debe hablar, porque escucha mucho, tanto al dirigido como al Espíritu Santo por medio de la Palabra de Dios y de los Padres de la Iglesia<sup>67</sup>.

Dicho esto, se concluye que el Maestro Ávila fue un gran guía de almas, pneumatológico, lleno de Dios, escuchaba y dejaba hablar el Espíritu Santo. Sabía que, para hacer un buen discernimiento, es necesario que el padre espiritual sugiera, nunca imponga lo que el alma debe hacer, porque el imponer resulta en abusos de conciencia que siempre conllevan tristes daños que pueden ser de tipo moral, psicológico, dejando solo heridas que luego son difíciles de sanarse. En otras palabras, sea consciente de ser un puente entre el Espíritu Santo y el alma que busca la santidad con todo el corazón y esto será la clave para el progreso del alma en la libertad del Espíritu de Dios y la verdad de la persona ante Dios.

El dinamismo de escucha y de dejar que el Espíritu Santo sugiera con claridad y verdad hace que el padre espiritual no quiera convertirse en la panacea de todos los problemas y enfermedades espirituales del alma, porque esto también conlleva a veces la somatización de todo esto en el mismo director espiritual, que dañando su salud física y psíquica no podrá dar continuidad a su servicio de amor a las almas con la dirección espiritual, precisamente porque no sabe tomar distancia de los problemas de las almas. Al querer ser él el centro, el director espiritual puede desplazar enormemente la acción de Dios en el alma.

<sup>66</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 539.

<sup>67</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 90: «El Maestro Ávila muestra en sus escritos de dirección y consejo espiritual una actitud de escucha y de cercanía. La persona que consulta se siente escuchada con respeto y afecto, y al mismo tiempo se encuentra ante ideales cristianos que reclaman entrega sincera y generosa. Se nota siempre un tono de confianza en la bondad de Dios. Cumplía siempre lo que aconsejaba, porque el consejero o confesor *debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo y encomendarle la enmienda de la vida y que tome los remedios de los sacramentos* (AF 28)».

## 5. Conclusión

Hemos recogido en estas páginas solamente un cuenco pequeño de agua del océano inmenso de la doctrina y la vida del Maestro Ávila, pero no cabe duda de que en él se pueden seguir encontrando muchos tesoros para crecer en la vida espiritual.

El ser humano siempre será un buscador incansable de Dios y procurará aprender el cultivo de la vida interior y del auténtico discernimiento. Junto a San Juan de Ávila hemos puesto de relieve algunas pautas fundamentales para crecer en la amistad con Cristo y para realizar serios discernimientos a la luz del Espíritu Santo.

Vivir y discernir son dos palabras claves del camino de santidad de todo cristiano. Sin embargo, el arte de discernir y de crecer en la santidad está en proceder con prudencia y sabiduría, porque bien merece la pena recordar lo que escribía un teólogo ortodoxo católico:

Dios no es el único que se reviste de Belleza; el mal le imita y vuelve la belleza profundamente ambigua [...] La belleza ejerce su fascinación, convierte el alma humana a su culto idólatra, usurpa el sitio del Absoluto, con una extraña y total indiferencia hacia el Bien y la Verdad [...] Si bien la verdad es siempre bella, la belleza no siempre es verdadera<sup>68</sup>.

En el Maestro Ávila, como hemos visto, estas consignas son evidentes. En sustancia su enseñanza nos exhorta a ser maestros de un serio discernimiento, a que sepamos leer e interpretar con realismo y valentía los signos de los tiempos, que no son otra cosa sino el soplo del Espíritu Santo.

Por ello, centrando nuestra atención en el *Audi, filia*, hemos querido desentrañar breve y sustancialmente algunas ideas clave para progresar en la vida espiritual, tomado en cuenta que este ensayo es solo un modesto acercamiento al tema, no una defensa exhaustiva de algo nuevo o que no haya sido ya dicho en otros estudios sobre San Juan de Ávila. Prueba de ello es que también nos hemos subido sobre espaldas de gigantes, como Juan Esquerda Bifet –y no solo–, para desarrollar las consideraciones aquí presentadas.

Por tanto, el desarrollo de la temática no es solamente una presentación de un aspecto de este gran Doctor de la Iglesia en una sola obra, sino la valoración de algunos matices y elementos que enriquecen profundamente el manantial de ciencia sagrada y de santidad que a San Juan de Ávila se le atribuye. Resulta claro que el discernimiento es de una riqueza enorme porque está insertado

<sup>68</sup> P. EVDOKIMOV, *La teologia della bellezza*, Paoline, Milano 1971, 32 (traducción personal).

en una vida santa de alguien que no solo dejó un pensamiento espiritual al mundo, sino que regaló a la Iglesia la armonía de un binomio que en la vida espiritual es imprescindible: oración y vida. San Juan de Ávila no es solo una cantera de pensamiento teológico, sino un admirable ejemplo de contemplación y acción.

Y lo que es maravilloso en todo esto es que con el Maestro Ávila no aprendemos solamente a pensar teológicamente, sino a vivir teológicamente. Pues ningún ser humano suele enamorarse a fondo de una idea o de un pensamiento a rajatabla, lo podrá hacer por ideología y por un cierto tiempo, pero el único amor que perdura es el que se concretiza en una vida, en una Persona, en un corazón que late, que ama, que se entrega. Este es precisamente el secreto de la vida y la santidad de este Doctor de la Iglesia.

El gozo de una vida interior y de un profundo discernimiento proviene de andar en la luz hacia la Luz, Cristo, como lo experimentó el Maestro Ávila. Mientras caminamos en este mundo y tendemos hacia donde fuimos creados, nos unimos a la intuición de los poetas, precisamente a la de Paul Claudel, en el intento de expresar lo divino con palabras humanas. Con un toque de poesía ponemos así punto final a este ensayo, sintetizando en una frase el secreto de la vida espiritual en San Juan de Ávila que lo hizo ser cristocéntrico para vivir desde el Espíritu Santo y para discernir con acierto: *Los ojos de todos reciben la luz, Señor, pero los tuyos, solo los tuyos la dan*<sup>69</sup>.

---

<sup>69</sup> Cf. P. CLAUDEL, *Le père humilié*, a. I, esc. 1 (traducción personal).